

APUNTE PARA UN RETRATO
(En el homenaje a Aingeru Irigarai)

Juan José Echeberría

En el Monte Parnaso rieron las musas al contemplar el intento. Un advenedizo a las páginas de la glosa pretendía unir a muy importantes firmas su homenaje al hombre que en el susurro sereno de su voz dejaba caer la poesía noble de la inteligencia, la bondad y el criterio firme, ornados de experiencia y sazonados de fina ironía.

Pretendía el intruso nada menos que rememorar en unas líneas el aspecto que más había admirado en aquel hombre durante los años en que tuvo la fortuna de compartir reuniones de hondo sentido euskaldun, en aquellos viajes cortos que eran sugerencia continua, anécdota viva, lección unificadora del pasado, del presente y del futuro de nuestro pueblo vasco.

Olvidaba el incauto las muchas aportaciones que a la lengua de sus mayores y a la medicina popular había hecho aquel médico navarro. Ignoraba (¿quizá inconscientemente?) la figura elegante y amable del hombre de chaqueta de tonos beige y marrones, de la camisa de viyela a cuadros, del pantalón amplio (como deben ser los pantalones), de los zapatos cómodos, del sombrero verde tirolés..., estampa del lord inglés de épocas gloriosas pasando un week end en una ciudad pequeña de moda. Bastón también. Y gabán al brazo. Y unos ojos azules llenos de luz y de interrogantes. El pelo liso, gris y con raya sólo ligeramente ladeada.

¿Cómo podía no esbozar siquiera ese retrato? ¿No era bastante para dejar huella imborrable? ¿Es que acaso le parecía más importante la finura de su juicio sobre la belleza de las musas encarnadas? ¿O en su prosaísmo llegaba a valorar más la picardía de aquellos errores al pedir dos veces el postre de tarta de moka?

En estas estaban las inquilinas de aquel ático lujoso, contemplando desde su cima las cavilaciones de aquel aprendiz de literato, admirador de elementales esencias del humanismo, cuando sus risas callaron para conformar en sus expresiones etéreas un gesto concreto de profunda admiración dibujado por sus bocas redondas, sus ojos de mar y sus manos flotantes: ¡Izan

ongi! iba diciendo a cada una de ellas con voz tenue pero armoniosa, surgida sin duda desde la profundidad sin recovecos del deseo sincero, aquel personaje que de pronto había aparecido entre ellas... ¡Pobres musas formalistas!

Y mientras se alejaba, dejándolas momentáneamente sin inspiración, hacia aquella jugosa ladera de caseríos blancos entre robles frondosos, el hombre ligeramente encorvado se volvió y con sonrisa de afecto dijo brevemente: ¡Ez kasurik egin, Juanjo! Mintzaten nitzaizun bezala, gure Euskalerriak denen lan ixila behar du. Izan ongi, Juanjo!”...

Izan ongi, Aingeru!”.